

V Jornadas "Peirce en Argentina"
23-24 de agosto del 2012

**La abducción: su desentrañamiento a la luz de la "intuición", su
vinculación con el cine**

**Amira Del Valle Juri
Nestor Fabian Gautero**

*"La mente intuitiva es un regalo
sagrado y la mente racional es un
sirviente fiel. Hemos creado una
sociedad que honra al sirviente y
ha olvidado el regalo"*
Albert Einstein

Introducción

Considerado como uno de los intelectuales más brillante de los EE.UU en los últimos tiempos. Charles Sanders Peirce¹ padre de la Semiótica moderna, además de fundador del Pragmatismo, nos legó una miríada de manuscritos que, aún hoy, siguen produciendo admiración y sorpresa por la profundidad y originalidad con la que fueron desarrollados. La multiplicidad de intereses que atendió a lo largo de su vida, tuvieron como consecuencia la imposibilidad de una sistematización de sus teorías. En esto último, más que encontrar un problema, discernimos la ganancia que resulta de hacernos al encuentro con lo que no está definitivamente acotado y definido.

El propósito de este trabajo, en una primera parte, consistirá en dilucidar algunos aspectos del papel de la abducción, bajo la luz que nos aporta el método de la "Intuición", habida cuenta de que Peirce, a veces juega con esta noción para explicar el modo en que ocurre una hipótesis. En un segundo momento haremos un análisis posible de la relación: cine, filosofía e intuición.

Para esto, tenemos en cuenta que nuestro autor no se empeñó en darnos una respuesta clara y minuciosa sobre cómo opera la abducción, sí, empero, dándonos múltiples ejemplos de los resultados a los que llega.

Sus definiciones, respecto a este tema, tienden a ser muy generales y poco descriptivas. Por ello, acudimos a los ejemplos que nos brindan un entendimiento aparente sobre la cuestión. Pero, ir más allá de estos es lo que resulta menester.

Primera parte:

Para la tarea que nos proponemos, en primer lugar, trataremos a la abducción en el modo clásico; observando lo que de ella nos dijo nuestro filósofo, aunque sin transitar demasiado por sus vericuetos. En segunda instancia, veremos de qué manera resulta ilustrativo el uso de la Intuición como método en la filosofía en general. Una vez establecida ésta labor, arribaremos a las conclusiones del caso.

La Abducción

Peirce define la abducción como “el proceso por el que se forma una hipótesis explicativa”, y como “la única operación lógica que introduce una idea nueva” (CP 5.171,1903). Ahora bien, ¿cómo se logra la abducción? Según Peirce se llega por una vía de retroceso, por eso la llama retroducción o razonamiento hacia atrás. Para ello, el tiempo y la imaginación son necesarios: la memoria y el futuro permiten traer al presente teorías y prácticas del pasado, tales operaciones, permiten una proyección que está en la base de la génesis abductiva.

La abducción parte del caso que se tiene para, a partir de él, generar hipótesis que puedan explicar el mismo, buscando establecer una ley general; pero, no antes, de haber atravesado por los diversos “certificados de autenticidad” que son otorgados por la inducción.

Ésta abreva de diversas fuentes cuando actúa. No solo se nutre de la percepción, sino también del reconocimiento inconsciente de los esquivos entramados presentes en lo real. Aquello que resulta un convencimiento no susceptible de demostración, da cuenta de lo que nos distingue como seres más que inteligentes: intuitivos. Lo no demostrable, opera en forma de lo que popularmente reconocemos a través del gerundio “Guessing” — adivinación—. Peirce lo expone magníficamente en un ensayo publicado por la Revista *Hound and Horn*, titulado “Guessing”², en el año 1929, cuando transcurrían 15 años del fallecimiento del filósofo norteamericano.

La mente humana tiene una natural capacidad para imaginar correctamente algunas teorías. Esto opera no solo en el ámbito de las elaboraciones científicas, aquellas reconocidas por su rigurosidad lógica, argumentativa y demostrativa; sino también, en cada oportunidad que el sujeto no posee una ley que le permita, a través de ella, realizar adecuaciones que expliquen el suceso por las implicancias lógicas derivadas de la misma ley.

La Intuición

El conocimiento intuitivo es un tipo de conocimiento diferente al argumentativo-discursivo- racional. Su diferencia radica en que, a través de él, se aprehende inmediatamente al objeto, sin mediar para ello más que su operación, su acción; no es un conocimiento de tipo mediato como el anterior.

Johannes Hessen³ (1889-1971) en un libro clásico titulado “*Teoría del conocimiento*” dedica un capítulo al tratamiento de la intuición. Menciona distintas fuentes que funcionan como los núcleos a los cuáles remiten las sensaciones, de allí parten y hacia allí vuelven; tal es el caso del ser espiritual de la condición humana, que presenta tres fuerzas fundamentales con las cuáles intuir: “el pensamiento, el sentimiento y la voluntad”. A sí mismo, cuando hablamos del objeto, también podremos observar que presenta un correlato tripartito: esencia, existencia y valor; que se corresponden con las formas de intuir presentes en el espíritu humano. Por lo tanto, podremos hablar de “una intuición de la esencia, una intuición de la existencia y una intuición del valor”. La primera coincide con la racional, la segunda con la volitiva y la tercera con la emocional.

La intuición supo estar presente en la Historia de la Filosofía desde Platón, quien de algún modo fue pergeñando su accionar. Aristóteles también estableció su parecer acerca de la Intuición, claro que, en su caso, de modo muy distinto al de su maestro. A través de todos los períodos la encontramos presente, con representantes más o menos acérrimos. Si bien muchos la defendieron, muchos también, fueron los que la atacaron; valga como ejemplo, el caso, transcurriendo aún la Edad media, de los Agustinos versus los Tomistas. Los primeros, representados por San Buenaventura como su teórico más sobresaliente, defendían la opinión de que se podía tener una experiencia de Dios inmediata, mística. Los segundos, con reminiscencias al aristotelismo, postulaban que el conocimiento de Dios debía ser mediato, racional. Así, constatamos, como según la noción de intuición que postulemos, se produce una torsión en la

visión del espíritu: directa cuando se postula un intuicionismo, e indirecta, cuando el trasfondo está dado por la necesidad de una demostración discursiva.

Blaise Pascal (1623-1662), fiel representante de los postulados que corresponden a la parte emotiva del espíritu intuitivo, decía lo siguiente: Todo nuestro razonamiento se reduce a ceder al sentimiento. [...] El corazón tiene sus razones que la razón no conoce; se sabe esto en mil cosas. [...]

Corazón, instinto, principios.

Conocemos la verdad no sólo por la razón, sino aun por el corazón; de este segundo modo es como conocemos los primeros principios, y es en vano que el razonamiento, que ahí no tiene parte, intente combatirlos [...] Porque el conocimiento de los primeros principios, como que hay espacio, tiempo, movimiento, números es tan firme como ninguno de los que nuestros razonamientos nos dan. Sobre estos conocimientos del corazón y del instinto es menester que se apoye la razón, y que en ellos funde todo su discurso. [...] Los principios se sienten, las proposiciones se concluyen; y todo con certidumbre, aunque por diferentes caminos. Y es tan inútil y tan ridículo que la razón pida al corazón pruebas de sus primeros principios, para querer consentir en ellos, como sería ridículo que el corazón pidiese a la razón un sentimiento de todas las proposiciones que ella demuestra, para querer aceptarlas⁴.

Henri-Louis Bergson (1859-1941) gran filósofo vitalista y espiritualista francés, opinaba que el intelecto es incapaz de penetrar en la esencia de las cosas. Sus formas, solo posibilitan aprehensiones matemático-mecánicas de la realidad. Al núcleo de la misma solo se puede llegar por la vía de la intuición, por ser ésta una acción desinteresada, que no obedece a ninguna causa más que a la evidencia y patencia de lo que se capta de modo directo. Desarrolló un concepto fundamental en la Historia de la Filosofía, el de la “duración”. El humano se percibe a sí mismo como duración, la realidad toda es duración y en la conciencia todo está fundido, en el yo interior, la organización no respeta espacios. Éstos directamente no existen, y si pensamos en una yuxtaposición espacial con la consiguiente diferenciación de los diversos estados, no estaremos más que equivocándonos y no contemplando la realidad de la conciencia. El asociacionismo clásico tiende a distinguir las operaciones del yo, o de la

conciencia, por ej., en odios y simpatías para dar cuenta del accionar de la persona. En cambio, Bergson, establece que tales distinciones no operan en el alma humana, cuando el yo actúa, es el sujeto de la duración quien está en acción, es la totalidad del alma la que está operando. Entonces, la persona, no puede escindirse mecánicamente. No puede tomar un elemento para hacer uso según lo disponga, cada vez que realice algún acto, será esa indiscernible conjunción de elementos los que estarán actuando. La fusión obedece a las formas de la intuición, del modo en que ésta puede captar un todo sin la necesidad de fragmentar y cosificar lo que capta, a sí mismo, de igual manera, el yo se proyecta hacia el exterior.

En una famosa obra suya, llamada “Materia y Memoria” aborda la relación mente-cuerpo. Allí podemos observar que valiéndonos de la memoria, no vamos del presente al pasado, de la percepción al recuerdo; sino del pasado al presente, del recuerdo a la percepción. Esto, nos da un indicio de cómo se configura la percepción humana. No es necesaria la sucesión de orden, que remite a los conceptos. La configuración perceptual, se da posibilitada por la memoria. Asímos la realidad a través del ordenamiento y de la posibilidad que otorga para ello el recuerdo. Entonces, si la memoria opera de este modo, en la percepción, ya van puestos ciertos agregados de la experiencia; y si ésta, en última instancia, remite a las antiguas percepciones, tendremos como consecuencia, que la intuición estará en la base de toda esta operación. Debido principalmente a que es por vía de la intuición que nos ponemos en contacto con la realidad, toda vez que captamos algo significativamente.

En un trabajo titulado: *Abducción como ‘inferencia’ y como ‘intuición’ en Peirce Algunas consecuencias para la discusión actual en Filosofía de la Ciencia*, Cristian Soto Herrera, opina que la abducción resulta ser una inferencia por el lado de las consideraciones racionales de su naturaleza y que, en cambio, resulta ser una intuición por el lado de las consideraciones instintiva. El apoyo para estas afirmaciones, lo encuentra en las descripciones realizadas por Peirce cuando dice por ej. que “Un extraño con quien estoy haciendo un negocio puede causar la impresión de ser deshonesto. Con todo, la impresión puede estar bien fundada. Pero tales resultados son usualmente atribuidos a la *intuición*. Aunque inferenciales en su naturaleza ellas (las intuiciones) no son exactamente inferenciales en su naturaleza” (EP II, 11, 1985).

En la séptima de sus Conferencias de Harvard analiza la inferencia, pero también nos remite de una manera muy puntual al papel que

desempeña la intuición durante el proceso “la inferencia abductiva se confunde al interior del juicio perceptual, sin ninguna línea precisa de demarcación entre ellos; o, en otras palabras, nuestras premisas primeras, los juicios perceptuales, tienen que ser considerados como un caso extremo de inferencias abductivas, de las cuales ellos difieren en estar absolutamente más allá de la crítica. La sugerencia abductiva nos llega como un rayo. **Es un acto de intuición, aunque de una intuición extremadamente falible**” (EP II, 227, 1903).

Segunda parte:

Fue el filósofo Henri Bergson quien en 1907 en su obra *La evolución creadora* se detuvo en el movimiento cinematográfico y en su carácter analítico, al tiempo que lo comparó con el movimiento de nuestro pensamiento, de nuestro lenguaje y de nuestra percepción.

Tanto el cine en su devenir ontológico como el movimiento que nuestra actividad intelectual muestra, intentan -de manera no siempre consciente-: “recomponer el movimiento con inmovilidades”⁵.

“Tal es el artificio del cinematógrafo. Y tal es también el de nuestro conocimiento. En lugar de vincularnos al devenir interior de las cosas, nos ubicamos fuera de ellas para recomponer su devenir. Hacemos tomas de vistas casi instantáneas sobre la realidad que pasa y, como ellas son características de esta realidad, nos basta con enhebrarlas a lo largo de un devenir abstracto (...) Percepción, intelección y lenguaje proceden en general así. Cuando se trata de pensar el devenir o de expresarlo, o incluso de percibirlo, no hacemos otra cosa que accionar una especie de cinematógrafo interior. Resumiríamos entonces todo lo que precede diciendo que el mecanismo de nuestro conocimiento usual es de naturaleza cinematográfica”⁶. De esta manera, Bergson muestra el aire de familia que hay entre los procedimientos intrínsecos del cine, el lenguaje y el pensamiento.

Ahora bien, el movimiento configurado en la imagen cinematográfica, en los fenómenos lingüísticos y en los procesos intelectivos en general es resultado de un montaje, de un mosaico que se arma y se desarma; porque “la naturaleza indivisible y heterogénea del movimiento destina al fracaso a toda tentativa de reconstituirlo con posiciones en el espacio y con instantes en el tiempo. Una vez efectuado el movimiento puede considerarse, sin dudas, su trayectoria, cortarla en posiciones en el espacio y hacer corresponder éstas a instantes. Pero lo que

se obtiene con este procedimiento es, por un lado, una sucesión de posiciones inmóviles y, por otro, un tiempo homogéneo y abstracto...el movimiento se nos escapará...estamos instalados en el absurdo de creer que una sucesión de inmovilidades puede producir movimiento”⁷. Así el cine sería una especie de falso movimiento para Bergson. A partir de esta idea, Deleuze no distinguirá al movimiento entre falso y verdadero, sino entre “traslación” y “duración o todo”.

Siguiendo a Deleuze, veremos que el movimiento es “un corte móvil del tiempo” y entonces se podrá establecer una conexión más rica entre movimiento, imagen y tiempo. Para Deleuze las imágenes que el cine produce no son representaciones del movimiento sino imágenes-movimiento e imágenes-tiempo. Es decir que, por un lado, la imagen se identifica con el movimiento y por otro lado con el tiempo.

Visto así, resulta oportuno sostener que “la relación de la filosofía con el cine no es enteramente nueva: está mediada por la consideración y las relaciones (ambiguas, conflictivas o abiertamente beligerantes) que el pensamiento occidental ha tenido (y tiene) con la imagen, el tiempo y el movimiento.”⁸ Para Platón por ejemplo, las imágenes creadas por los artistas: los *eikonés*, eran responsables de seducir al espectador hacia la ilusión y la falsedad; de esta manera, alejadas de la verdad sólo podían crear simulacros.

Otra visión mucho más loable del papel que cumple el cine, así como otras disciplinas no estrictamente filosóficas, es la que nos proporciona el filósofo argentino Julio Cabrera. Nos dice que El cine desarrolla, “conceptos-imágenes”, que son “*conceptos visuales y en movimiento*”, cuya función consiste en enlazar dialécticamente los núcleos conceptuales de una determinada idea, signo o propuesta filosófica con las imágenes de una película. Poseen ciertos rasgos específicos:

- Para poder hacer uso de ellos es necesario apropiarse de una experiencia, haberse dejado afectar por ella. Es necesario haber *vivido una idea o signo*.
- Buscan ocasionar un impacto emocional a la vez que enuncia algo del orden de la verdad, de lo humano, del mundo.
- Aseveran algo acerca del mundo con cierta pretensión de verdad o universalidad.
- Son susceptibles de desarrollarse -normalmente en secuencias y unidades significativas prolongadas- a través de la literalidad de las imágenes, pero también en el plano de lo abstracto y de las posibilidades.
- No son categorías que permitan establecer juicios de valor.
- Los conceptos-imagen favorecen también soluciones epistemológicas, cognoscitivas y morales sin resolución final en relación con las cuestiones

filosóficas que aborda. Sostiene Cabrera al respecto: “la imagen cinematográfica no puede mostrar sin problematizar, desestructurar, recolocar, torcer, distorsionar. [...] La intervención del particular, del azar, de la emoción, del desencuentro, de lo inesperado, de la contingencia, etc., permiten, por el contrario, *que el Cine ofrezca soluciones abiertas y siempre perplejas a las cuestiones planteadas*”.

Cine y filosofía trabajan con signos. El signo entendido como concepto-imagen no pretende el acceso a una verdad última o a una sustancial esencia sino que se demora en la experiencia y el uso de las palabras (e imágenes) dentro del juego del lenguaje cinematográfico.

Afirma Julio Cabrera: “la filosofía, como yo la concibo, no se atiene a una “tradición” única, como insiste en hacerlo la “filosofía profesional” por razones obvias, el filósofo académico tiene miedo –infundado, creo yo– de perder su “campo” específico de actuación, con todas las implicaciones culturales, políticas y económicas que eso tiene”.

Por otra parte según Cabrera la “logopatía” muestra cómo la literatura y el cine muestran problemas filosóficos —la violencia, el conocimiento, el sentido de la vida, la sexualidad, etc.— en contacto con la sensibilidad y las emociones. Pensadores como Kierkegaard, Schopenhauer, Nietzsche, Peirce desafían la tradición intelectualista y proponen una apertura a lo logopático. El cine intenta conjugar afectos con argumentos y pathos con logos, así los medios expresivos del cine siembran signos plenos de movilidad y fluidez.

Conclusiones

El conocimiento científico no puede renunciar a la demostración, a la apelación de lo universal. Si esto no se presentara, no tendríamos frente a nosotros un conocimiento científico propiamente dicho. Muchas veces se piensa y se atribuye erróneamente a Peirce, la intención de querer sustituir el tipo de conocimiento científico, por uno más endeble, aquel que no se vale de la solidez demostrativa, de la tranquilizante confianza que brinda el orden argumentativo, ese que llamó abducción. Nada de esto es cierto, si ponemos cada cosa en su lugar. Peirce nos brindó una explicación de cómo se da el contexto de descubrimiento, de elaboración de una teoría. A través de la historia relatada en *Guessing*, podemos notar un fiel ejemplo de cómo opera la abducción en el corriente de los acontecimientos cotidianos.

El método, por lo establecido anteriormente, está atravesado tanto por lo inferencial, según C. Peirce, como así también, por las formas de la Intuición —tesis que no se encuentra en el autor, pero a la que adherimos— La realización de conjeturas que no encuentran una explicación inmediata por una ley, o, sin irnos tan lejos, por simples razones ¿de qué otro modo podrían a la postre ser ciertas sin mencionar que para ellas, no se tuvieron en cuenta los postulados de una ley? Solo por la confianza que brinda la intuición es que podemos abrigar la esperanza de su posterior demostración, aún cuando en ocasiones resulte falible. Todo conocimiento que se da fuera del orden lógico inmediato, tiene como artífice a la intuición y, querer desestimarla, es un ingente error.

La condición humana se mueve en un mundo que no conoce, y cabe la mención, que cada vez que se dio un salto cualitativo en el modo de aprehensión de lo real, fue la intuición la que puso el acicate para ello, y esto último fue realizado sin perjuicio del orden lógico; puesto que en la intuición el orden lógico no es ajeno, solo que es un orden demasiado veloz. Para figurárnoslo debemos pensar en el famoso *insight* de la teoría giestáltica, o de un modo más simple, el “Eureka” de Arquímedes.

La deducción, la inferencia y la abducción, muestran distintos momentos en la elaboración de una ley. Huelga decir, que el ordenamiento conceptual, a veces, no llega a tiempo en el que una ley se está descubriendo en tiempo real, en tiempos de la intuición.

El cine creador de imágenes por excelencia muestra cómo los mecanismos de la intuición se ponen en acto. La velocidad de una imagen puede ser percibida porque somos seres intuitivos hechos de tiempo.

Para Bergson nuestra percepción, nuestra inteligencia y nuestro lenguaje establecen semejanzas y analogías con el cine porque son temporales, móviles y cargados de imágenes. El cine también, en última instancia, nos remite a lo que somos, lo que deseamos y lo que soñamos. Debido a su fluidez e interdependencia con las muy diversas áreas de expresión de lo humano.

¹ Peirce, Charles Sanders (1839-1914) Filósofo norteamericano, nacido en Cambridge, Massachusetts; hijo del matemático de la universidad de Harvard, Benjamin Peirce. Tras graduarse en Harvard, trabajó en el Servicio Geodésico y de Costas de 1860 a 1891; enseñó lógica en la John Hopkins, de Baltimore, y filosofía de la ciencia en Harvard, pero pese a su gran formación en lógica y matemática no consiguió una cátedra de lógica. A lo largo de su vida sólo escribió, como obra completa, *La gran lógica*, y sólo publicó artículos; los principales,

recogidos por la universidad de Harvard, fueron publicados después de su muerte en *Collected papers of Charles Sanders Peirce* y en *Studies in Logic* (8 vols., 1931-1958).

² En el mencionado ensayo, Charles Peirce, nos relata un episodio que ocurrió en ocasión de encontrarse en un barco que lo debía trasladar a Nueva York. Habiendo llegado a su destino, durante la mañana, sintió en la cabeza lo que él describe como «una sensación extrañamente borrosa»; atribuyó la causa al aire viciado de su camarote. Se vistió apresuradamente y abandonó el barco. Con las prisas, olvidó su abrigo y un reloj de pulsera Tiffany que le había regalado el gobierno de Estados Unidos por sus servicios en la Coast Survey. Nos cuenta que, al percatarse de su olvido, busco reunir a todos los camareros de color, sin tener en cuenta a qué cubierta pertenecían, poniéndolos en fila. Lo que siguió fue lo siguiente: como no tenía forma de saber quién podría ser el “ladrón”. Directamente confió en su intuición, profirió para sí a un acusado. No tenía modo de comprobar la veracidad de su conjetura; entonces, para seguir adelante, fue en búsqueda de un detective que le serviría de instrumento para la demostración de su sospecha. Claro, para el caso, Peirce solicitó que el detective a cargo, siguiera sus propias conjeturas. Llegando posteriormente a un callejón sin salida en la investigación, hizo falta para su avance, que se enviaran notas de recompensa a todos los prestamistas de los alrededores, a los fines de que, una vez que estuviera el reloj en alguna de sus manos, lo pudieran remitir a su dueño; habida cuenta de que Peirce estaba convencido del futuro proceder del “ladrón”; éste, sin más, acudiría a empeñarlo lo antes posible. Sus predicciones tuvieron asidero. Un prestamista respondió y, además, realizó una descripción sobre el aspecto que tenía el hombre que fue a empeñar la prenda. Coincidió sin lugar a dudas con la elección que había realizado Peirce, lo cual llevó a que, acompañado del detective se dirigiera posteriormente al domicilio de ésta persona, desencadenando un final acorde a sus expectativas, y que culminó con la recuperación de sus prendas, luego de una serie de sucesos contados con minuciosos detalles.

³ Filósofo e historiador de la filosofía alemán. Fue profesor en la Universidad de Colonia. De orientación católica, e influenciado por el agustinismo, y próximo a las tesis neoescolásticas, incorpora a esta corriente aspectos del neokantismo, de la fenomenología y la filosofía de Scheler. Su producción escrita se orientó fundamentalmente hacia obras sistematizadoras, especialmente de metafísica y de teoría del conocimiento. Entre sus obras destacan: *Teoría del conocimiento* (1932) y *Filosofía de los valores* (1937).

⁴ Blaise Pascal, *Pensamientos*, 474-479 (Orbis, Barcelona 1984, pp. 162-163).

⁵ Marrati P. Deleuze, *Cine y filosofía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2006, p. 17

⁶ Bergson Henri, *La evolución creadora*, p. 305 citado por Marrati.

⁷ Bergson, H., Op. Cit. p. 308.

⁸ Rossi María José, *El cine como texto*, Topía, 2007, p. 7.